



El arquitecto Frank Lloyd Wright (con chaqueta clara, bastón y sombrero cruzado sobre el pecho) mostrando la maqueta del «Museo de Pintura No Objetiva» a la baronesa Hilla Rebay von Ehrenwiesen, asesora artística y primera directora de la pinacoteca, y a Solomon Guggenheim, mecenas del proyecto.

Peggy Guggenheim con el gigantesco mobile de Alexander Calder, *Arc of petals*, adquirido en 1941 y posteriormente instalado en el vestíbulo del Palacio Venier dei Leoni, de Venecia, sede de su colección permanente.

El museo de arte contemporáneo y su franquicia: el Solomon R. Guggenheim, de Nueva York, y el Peggy Guggenheim, de Venecia

Solomon Robert Guggenheim (Filadelfia, 1861-Nueva York, 1949) es el típico filántropo norteamericano que, tras amasar una ingente fortuna con la minería del cobre, decide revertir a la sociedad parte de estos beneficios fundando instituciones sin ánimo de lucro. Su mecenazgo se extendió a universidades, hospitales y a la construcción de un museo de arte contemporáneo para albergar su colección de pintura abstracta. En 1943 encargó el proyecto de su sede neoyorkina al arquitecto Wright, inaugurándose el edificio el 21 de octubre de 1959.

Margarita Guggenheim, «Peggy» en el glamuroso mundo de las exposiciones (Nueva York, 1898 – Padua, 1979), era sobrina carnal de Solomón Guggenheim y, como su tío, fue coleccionista y fundadora de un Museo de Arte Contemporáneo. Su andadura se inicia en el París de entreguerras cuando conoce a los creadores de las vanguardias e invierte en arte cubista, surrealista y abstracto, tras adoptar el compromiso de «comprar una obra cada día». En 1938, asesorada por Marcel Duchamp, abrió la galería «Guggenheim Jeune», en Londres, y en 1942 la «Arts of This Century», en Nueva York, donde inauguró su carrera Pollock y surgió el expresionismo abstracto. De regreso a Europa fijó su residencia en Venecia, convirtiendo en Museo su palacio del Gran Canal. En 1960, coincidiendo con la publicación condensada de su autobiografía *Confesiones de una adicta al arte*, declaraba que el arte del siglo XX ya había producido todos sus genios, por lo que se entraba en «una época de coleccionismo, no de creación. Confío –concluía– en que por lo menos conservemos y mostremos a las masas todos los grandes tesoros que poseemos». En 1969 su museo veneciano se convertía en la primera sucursal de la «marca Guggenheim», a la que han seguido las franquicias de Bilbao, Berlín, Las Vegas y, próximamente, Abu Dabi.